



## 'Kill the bill': A golpe de símbolo



VISION PERSONAL

Francisco Longo

Define Anthony Giddens el fundamentalismo como "la defensa de la tradición al modo tradicional". Lo que merece repudio no es, para el sociólogo británico, lo primero. Conservar las tradiciones es una práctica social frecuentemente deseable. Lo malo es cuando esas tradiciones son defendidas desde los presupuestos discursivos, marcos mentales y repertorios argumentales propios de la época en que nacieron o ganaron arraigo social. En otras palabras, cuando, ante discursos antagonicos producidos en el devenir de la historia, esa defensa de lo tradicional se repliega sobre sí misma y rechaza la búsqueda de un ámbito de encuentro en el que sea posible el debate de ideas. El fundamentalismo es, desde este punto de vista, lo opuesto a la deliberación pública, y por eso resulta tan ajeno a la democracia, si entendemos ésta, con John Stuart Mill, como "gobierno por discusión".

Lo pensaba estos días mientras crecía en Estados Unidos el enconamiento de las posiciones sobre la reforma sanitaria. Visto con ojos europeos, lo que estaba en juego era el funcionamiento de un sistema de salud ineficiente hasta el despilfarro, que une a su onerosidad la exclusión de amplios sectores de la población. A parte de consideraciones de justicia social o equidad, limitándonos a la perspectiva propia del mundo de los negocios, tan próxima al *Great Old Party*, abordar el problema parecería necesario tanto en términos de uso eficiente de los recursos como de estabilidad social y capacidad integradora del sistema. Ciertamente, pueden discutirse tanto como se quiera las líneas posibles de reforma, ninguna de ellas simple ni plenamente satisfactoria, pero ése no ha sido, desde luego, el eje del debate. Bajo el *Kill the Bill* de los activistas republicanos ha latido una negativa a entrar en la discusión, una defensa del statu quo que no parece excesivo calificar de fundamentalismo político.

No cabe engañarse, claro está, acerca del peso que los intereses de las aseguradoras y su millonaria campaña opositora han tenido en el desarrollo del proceso, pero ese factor ha ido unido a otro que no debiera ser infravalorado. Me refiero a la enorme fuerza simbólica de un imaginario colectivo en el que lo público sigue encarnando, para muchos norteamericanos, al voraz Leviatán a la búsqueda de la menor ocasión para saquear vidas y haciendas de los ciudadanos. El célebre Lakoff -tan leído por nuestros políticos- detectó cómo la construcción de estos marcos ideológicos resulta una medida electoralmente rentable, ya que el uso de ideas elementales dotadas de alto contenido simbólico fortalece la identidad del grupo, cuyos integrantes adquieren un sentimiento de pertenencia que condiciona su comportamiento político. Impresiona constatar cómo, a año y medio del derrumbamiento de Lehman Brothers, después de haber tenido que gastar miles de millones de dólares en rescates bancarios y ayudas directas a la industria, el agitar el espantajo del estado siga siendo eficaz para movilizar a sectores de la población norteamericana hacia el enrocamiento fundamentalista y la no-deliberación.

Director del Instituto de Gobernanza y Dirección Pública.  
ESADE. Universidad Ramon Llull